



De libros y héroes

Cuando cumplí los nueve años, mi familia se mudó a Jaén para que yo pudiera cursar ingreso de Bachillerato. Aquella ciudad levítica y provinciana se me reveló como un mundo nuevo: luces de neón, ascensores, escaparates... y libros. En los dos colegios sucesivos en los que cursé a trancas y barrancas el Bachillerato, los Maristas y San Agustín, había sendas bibliotecas, pero eran más bien de adorno, o para el uso de los profesores y, quizá, algún alumno distinguido. Yo tenía vistas algunas bibliotecas en blanco y negro, en el cine, porque en las películas de entonces ocurrían muchas escenas en las bibliotecas de las mansiones, con tresillos chester y un mayordomo estirado que acercaba al señor la bandeja de plata con el juego de té o la panzuda copa de coñac. En aquellas bibliotecas de Hollywood el espectador presenciaba escenas de amor, discusiones de negocios, odios familiares, reconciliaciones, acosos a doncellas de cofia y muslos, incluso asesinatos, pero nunca aparecía ningún personaje leyendo un libro. No hubieran podido, según he sabido después, porque todos aquellos cientos de libros encuadernados en piel y bien ordenados en anaqueles y estanterías, incluso con un pasillo superior para consultar los más altos, eran sólo lomos pegados a tablones, la figuración de la cultura, nunca la cultura misma, un mero escenario, *atrezzo*.

En el número anterior de esta revista dije que en mi casa sólo había dos libros: el Libro de Familia y el recetario de Picadillo, el famoso cocinero y alcalde de La Coruña. Mi madre me corrige: había tres, los dichos y un diccionario azul. Ahora lo rescato de las entretelas de la memoria y me

En aquellas bibliotecas de Hollywood el espectador presenciaba escenas de amor, discusiones de negocios, odios familiares, reconciliaciones, acosos a doncellas de cofia y muslos, incluso asesinatos.

veo sentado a la puerta de mi casa, en Arjona, hojeándolo en busca de dibujos sugerentes, especialmente el de la Venus de Milo y la *calipige* ("la de las bellas nalgas", cuando supe algo de griego).

Mis padres no habían pasado de la escuela primaria, pero intuían que el contacto con los libros convenía a su retoño. En mi duodécimo cumpleaños, ya en Jaén, me dieron seis duros que debía invertir necesariamente en libros. Cerca de casa había una modesta papelería. Allí fue donde adquirí las dos novelas de Rafael Sabatini, *La justicia del Duque* e



Fotografía: Alberto Martos García

Historias Turbulentas en una edición *pulp* de Editorial Molino. Las he leído muchas veces con renovado placer y todavía las conservo en el primer armario biblioteca que tuve, junto con los primeros libros de mi juventud. En el siguiente cumpleaños, se agregaron *Dos años de Vacaciones*, de Julio Verne, en Bruguera, con versión en tebeo incorporada, y *La Odisea* (Editorial Juventud), un libro de un tal Homero evidentemente inspirado en la película *Ulises*, protagonizada por Kirk Douglas, que yo había visto un par de años antes en el cine del pueblo, en technicolor. La película o el libro, o los dos, resultaron decisivos para mi futura vocación de escritor, que surgió casi inmediatamente al contacto con aquellas historias que le abrían los ojos a un mundo nuevo, de héroes, naves y mares a aquel mozalbeta desaplicado nacido tierra adentro, en un paisaje de olivares secos y ríos escasos. ■